

# ISA LEE 2016

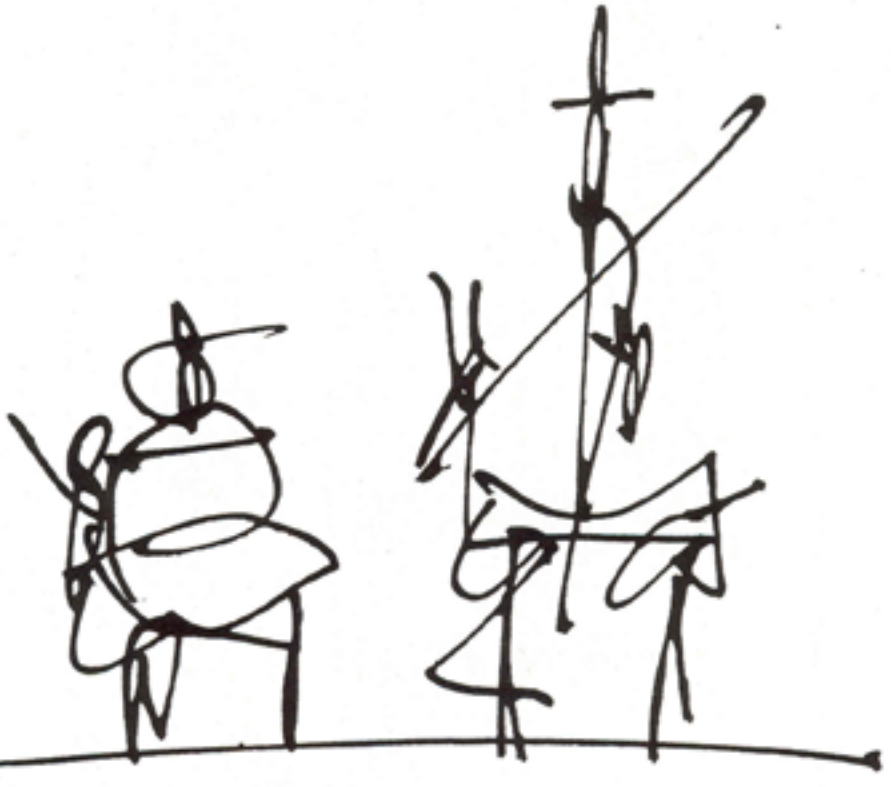


Ilustración: Antonio Saura (1987)

**Miguel de Cervantes**  
Primer cronista de la ciudad

**ISA** Iniciativa Sevilla **A**bierta



ÍNDICE:

Introducción: Miguel de Cervantes. El primer cronista de la ciudad.....	5
Rinconete y Cortadillo .....	7
Cipión y Berganza. El coloquio de los perros.....	9
La Española Inglesa.....	12
El Túmulo del Rey Felipe II en Sevilla .....	14
El celoso extremeño.....	16
Cuento del barbero, extraído de la Segunda Parte del Ingenioso Caballero	
Don Quijote de la Mancha .....	18
Glosa del Capítulo XVIII o lo que ocurrió en la casa del Caballero del verde gabán.....	21
50 refranes del Quijote ordenados alfabéticamente .....	23



## INTRODUCCIÓN:

### *Miguel de Cervantes. El primer cronista de la ciudad*

**T**ras la brillante época romana de Itálica en la antigüedad y el apogeo árabe de la dinastía almohade en el siglo XII, que convirtió a Ixbilia en la ciudad más rica y poblada de la península ibérica (dejando sus huellas en los más destacados ejemplos de arte islámico en Occidente: la Giralda, el Alcázar y la Torre del Oro), los siglos XVI y XVII sitúan a Sevilla como la capital del reino (a pesar de que el título lo ostentaba Madrid desde 1561) y como metrópolis de todos los territorios descubiertos de Ultramar.

En esta fase de transición del Renacimiento al Barroco, la ciudad alcanza una gran población y un rango de capital cosmopolita, debido a su influencia cultural, económica, política y social, lo que la hace foco de atracción para banqueros, mercaderes, traficantes y hombres de la mar, de diversa procedencia: genoveses, florentinos, holandeses, portugueses, franceses y alemanes, así como del norte peninsular; pero también de maleantes y mendigos de las regiones más próximas.

Sin embargo, esta grandeza no está exenta de carencias que conviven en esa abigarrada ciudad, llena de contrastes que tan magníficamente reflejaron sus artistas como Cervantes, que esboza las hazañas extraordinarias de su personaje más universal y retrata el submundo del hampa y la miseria, en su estancia en la cárcel; o Mateo Alemán, su coetáneo que estableció el canon del género de la novela picaresca con su obra *Guzmán de Alfarache* y que también terminó encarcelado por deudas.

Esta urdimbre vital nacida de la ciudad, que nuestro cronista consiguió plasmar en el tejido literario más excelso de la lengua castellana, y que, en la actualidad, sigue siendo una fuente exuberante para conocer la biografía de la ciudad y la influencia en sus habitantes, ha sido olvidada de forma inexplicable, y solo mencionada cuando se cumple una efemérides.

Miguel de Cervantes supo recoger toda la fulgurante vida que existía en la ciudad, en la que convivían la intensa actividad comercial que el nuevo continente descubierto producía con el poder religioso y su capacidad de conceder bulas o estigmatizar a personas como moneda de intercambio; y cuyo mayor símbolo, la Catedral, se erigía como un juez vigilante. Todo ello aderezado por un submundo de presos, pícaros, truhanes, prostitutas y alguaciles corruptos, alrededor de un ambiente vibrante de negociantes, mercaderes, aventureros, perseguidos por la justicia, que apostaban su destino al buen rumbo de las embarcaciones; y cuya vida oscilaba entre el apresamiento por la justicia real, con el riesgo de acabar en las galeras como galeote, o el sambenito del poder religioso como vestimenta; sin olvidar la gloria del tunante, que, tras ser entrenado en la escuela de ladrones o patio de Monipodio, aspiraba a disfrutar de los bienes ajenos mediante enrevesadas artimañas. En la cúspide de este entramado se situaba la nobleza, que apoyada por poderosos banqueros extranjeros organizaba y financiaba las expediciones de este monopolio mercantil, del que tanto la Iglesia como la Corte, se beneficiaban a través de las tasas aduaneras, pero sobre todo del denominado “almojarifazgo de Indias”.

En los dos últimos siglos, lo más destacado que le ha dedicado la ciudad a la relación que tuvo Miguel de Cervantes y su obra literaria con Sevilla ha sido la colocación de algunas lápidas o azulejos decorados alusivos a lugares y personajes mencionados por Cervantes en sus entremeses (consecuencia de la orden municipal del año 1916, coincidiendo con el tercer aniversario de la muerte del escritor). Posteriormente, este racimo de placas ha sido utilizado como mero atractivo turístico a través de una ruta cervantina, más topográfica que literaria; y, que lejos de ser un escaparate para adentrarse en nuestra obra moderna más conocida mundialmente, se limita a destacar anécdotas, lugares, personajes típicos y situaciones tópicos que alimentan la banalidad y la superficialidad con que la ciudad trata a uno de sus habitantes más universales, olvidando poner en valor la dimensión histórica y literaria que tanto el personaje como su variada obra merecen.

Este año, que se cumple el cuarto centenario de la muerte de la máxima figura de la cultura hispana, la ciudad tampoco ha estado a la altura de las circunstancias, y no ha presentado ningún programa conmemorativo que divulgue la vinculación histórica y cultural de su obra literaria con nuestra tierra.

«La Sevilla del poder» —político, administrativo y eclesiástico, en torno a la Plaza de San Francisco y zona de la Catedral— y «La Sevilla del altar» resaltan el distanciamiento crítico y la ironía —a veces incluso satírica— con que Cervantes afronta el teatro de vanidades y corrupción que es siempre el poder (*La ilustre fregona*, *El coloquio de los perros*, con el planteamiento ridiculizador de personajes del ámbito civil y administrativo sevillano, tal el alguacil burlado), y su constatación de la grandeza y suntuosidad del gran templo sagrado, la soberbia Catedral y sus Gradas, enclave de confluencia de los poderes religioso y comercial de la ciudad, a la vez que de sus opulencias y miserias.

Rogelio Reyes Cano y Pedro M. Piñero

*Volvíme a Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados; que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero se echan de ver los grandes.*

MIGUEL DE CERVANTES, *El coloquio de los perros*.

## “RINCONETE Y CORTADILLO”

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa, pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote —dijo Monipodio—, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí—dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo —dijo Monipodio— no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es —dijo la guía— que hoy faltó esa bolsa, pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¡No hay levas conmigo! —replicó Monipodio—. ¡La bolsa ha de parecer, porque la pide al alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Tornó a jurar el mozo que no sabía della. Comenzóse a encolerizar Monipodio, de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo, y a maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni vístola de sus ojos, todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegallo y dar contento a su

mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores, que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo, le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso de manifiesto; viendo lo cual Monipodio dijo:

—Cortadillo el Bueno, que con este título y renombre ha de quedar de aquí en adelante, se quede con el pañuelo y a mi cuenta se quede la satisfacción de este servicio. Y la bolsa se ha de llevar al alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: “No es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna della”. Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil; y Cortadillo se quedó confirmado con el nombre de Bueno, bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza; señales claras por donde, en viéndolas, Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada. Y así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que remojarse la canal maestra.

—Pues ¿habían de faltar, diestro mío? —respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho a venir Silbatillo, tu trainel, con la canasta de colar, atestada de lo que Dios ha servido.

---

**Gurullada:** tropa de corchetes (germania)

**Monipodio:** padrino del grupo mafioso según lo describe José María Vaz de Soto.

**Manifestado:** declarado.

**Leva:** trato, engaño.

**Placeres:** favores.

**Cica:** bolsa

**Afeitados:** arreglados con afeites, maquillados.

**Albayalde:** polvo blanco de maquillaje.

**Anascote:** Mantos de anascote, mantas de lana doblados; indumentaria que solían llevar las viudas, y que en Sevilla levaban, por ley, las prostitutas.

**Casa llana:** nombre vulgar del Prostíbulo.

**Canal maestra:** gaznate

**Diestro:** maestro con la espada.

**Trainel:** criado, ayudante.

**Colar:** de la colada (canasta de mimbre donde se ponía la ropa para blanquearla, echándole lejía).



## “CIPIÓN Y BERGANZA. EL COLOQUIO DE LOS PERROS”

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613.

Novela y Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del campo, a quién comúnmente llaman los perros de Mahudes.

Cipión: Berganza amigo, dejemos esta noche el Hospital en guarda de la confianza y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho.

Berganza: Cipión hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cipión: Así es la verdad, Berganza y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berganza: Todo lo que dices Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que en el discurso de mi vida diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras; tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cipión: Lo que yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra; tanto, que nos suelen pintar por símbolo de amistad; y así, habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, a los pies, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berganza: Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus

señores, sin apartarse dellas, sin comer, hasta que se les acababa la vida. Sé también que después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego el caballo, y el último, la jimia.

Cipión: Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona; por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuáles cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes.

Berganza: Desamano no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cipión: ¿Qué le oíste decir?

Berganza: Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina.

Cipión: Pues ¿qué vienes a inferir deso?

Berganza: Infero, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre.

Cipión: Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no; que lo que el Cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué hablamos: mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berganza: Y aún de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí, de antiguas y muchas, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán a pedir este bien, que por prestado tengo.

Cipión: Sea ésta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas, y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas.

Berganza: Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestarnos. Pero advierte primero si nos oye alguno.

Cipión: Ninguno a lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse a escuchar a nadie.

Berganza: Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha; y si te cansare lo que te fuera diciendo, o me reprehendas o manda que calle.

Cipión: Habla hasta que amanezca, o hasta que seamos sentidos; que yo et escucharé de muy buena gana, sin impedirle sino cuando viere ser necesario.

Berganza: Paréceme que la primera vez que vi el sol fué en Sevilla, y en su Matadero, que está fuera de la Puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que después te diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, a quién llaman jiferos. El primero que conocí fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería; este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

- Cipión: No me maravillo, Berganza; que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerlo.
- Berganza: ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que ví en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes qué en él pasan? Primero has de presuponer que todos cuantos en él trabajaban, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni a la justicia; los más amancebados; son aves de rapiña carniceras: mantiéñense ellos y sus amigos de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca, están en el Matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medios enteros. No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias, de los mas sabrosos y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, o es la mejor o la de más baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen saucos o parras. Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca: por quítame allá esa paja, a dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro. Por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y a veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aún tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado por lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir a un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla; la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

---

**Prerrogativa:** Atributo de excelencia o dignidad muy honrosa en algo inmaterial.

**Jimio:** mono

**Alano:** perro de raza cruzado.

**Jifero:** matarife.

**Amancebarse:** establecer una relación marital sin mediar vínculo de matrimonio.

**Criadilla:** en los animales de matadero, testículo.

**Diezmo:** tributo del diez por ciento que sobre el valor de ciertas mercancías recibía el rey.

**Primicia:** prestación de frutos y ganados que además del diezmo se daba a la iglesia.

**Socaliña:** ardid o artificio con que se saca a alguien lo que no está obligado a dar.

**Escamondar:** limpiar algo quitando lo superfluo y dañoso.

**Acocotar:** reducir a la impotencia a una persona o un animal, sujetándolo por el cogote.

## “LA ESPAÑOLA INGLESA”

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz<sup>1</sup>, Clotaldo, un caballero inglés capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de edad de siete años, poco más o menos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde del Leste<sup>2</sup>, que con gran diligencia hizo buscar a la niña para volvérsela a sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que, pues se contentaba con las haciendas y dejaba libre las personas, no fuesen ellos tan desdichados que, ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija, que era la lumbrera de sus ojos y la más hermosa criatura que había en toda la ciudad. Isabela se llamaba la niña raptada y Ricaredo era el hijo de Clotaldo que se enamoró de ella.

Ante la petición de Ricaredo a la Reina de Inglaterra, de desposar a Isabela, ésta le responde: has de disponer a servirme y a merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija.

Apenas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió a hincar de rodillas ante la reina diciéndole en lengua castellana:

—Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras; ya Vuestra Majestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda, ¿qué males podré temer o qué bienes no podré esperar?

Con tanta gracia y donaire decía cuanto decía Isabela, que la reina se le aficionó en extremo y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó a una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo.

Ricaredo, que se vio quitar la vida en quitarle a Isabela, estuvo a pique de perder el juicio; y así temblando y con sobresalto, se fue a poner de rodillas ante la reina, a quien dijo:

—Para servir yo a Vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que con mis padres y mis pasados<sup>3</sup> han alcanzado por haber servido a sus reyes, pero pues Vuestra Majestad gusta que yo

la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querría saber en qué modo y en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación en que Vuestra Majestad me pone.

—Dos navíos —respondió la reina— están para partirse en curso, de los cuales he hecho general al barón de Lansac; del uno dellos os hago a vos capitán porque la sangre de do venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años. Y advertid a la merced que os hago, pues os doy ocasión en ella a que, correspondiendo a quien sois, sirviendo a vuestra reina, mostréis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona y alcancéis el mejor premio que a mi parecer vos mismo podéis acertar a deseáros. Yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su más verdadera guarda. Id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas. Felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes que esperan que el premio de sus victorias había de ser gozar de sus amadas. Levantaos, Ricaredo, y mirad si tenéis o queréis decir algo a Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida.

Besó las manos Ricaredo a la reina, estimando en mucho la merced que le hacía, y luego se fue a hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron a los ojos, y él acudió a disimularlas lo más que le fue posible. Pero con todo esto no se pudieron encubrir a los ojos de la reina, pues dijo:

—No os afrentéis, Ricaredo, ni os tengáis en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazón, que una cosa es pelear con los enemigos y otra despedirse de quien bien se quiere. Abrazad, Isabela, a Ricaredo y dale vuestra bendición, que bien lo merece su sentimiento.

Isabela que estaba suspensa y atónita de ver la humildad de Ricaredo, que como a su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó a derramar lágrimas, tan sin pensar lo que hacía y tan sesga<sup>4</sup> y tan sin movimiento alguno, que no parecía sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas a muchos de los circunstantes, y sin hablar más palabra Ricaredo y sin le haber hablado alguna a Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venían reverencia a la reina, se salieron de la sala, llenos de compasión, de despecho y de lágrimas.

Quedo Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado. En fin, se quedó, y de allí a dos días Ricaredo se hizo a la vela, combatido, entre otros muchos, de dos pensamientos que le tenían fuera de sí: era el uno el considerar que le convenía hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro, que no podía hacer ninguna, si había de responder a su católico intento, que le impedía no deservainar la espada contra católicos; y si no la deservainaba, había de ser notado de cristiano o de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretensión. Pero, en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenía de ser católico, y en su corazón pedía al cielo le deparase ocasiones donde, con ser valiente, cumpliese con ser cristiano, dejando a su reina satisfecha y a Isabela merecida.

---

1 Cádiz : los ingleses, bajo el mando del Conde Essex y del almirante Howard, saquearon la ciudad de Cádiz en 1596; su motivo principal era la captura de los galeones españoles. Incendiaron la ciudad y regresaron a Londres sin las riquezas deseadas

2 Conde del Este: es el Conde de Essex y no de Leicester.

3 pasados: ascendientes o antepasados.

4 sesga:<<... grave, serio o torcido en el semblante>> ( Aut.); Don Quijote, V, pág. 136: <<... y ella [Quiteria] más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra>>.

## *“EL TÚMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA”*

Este soneto se editó en 1670, mucho después de la muerte del escritor. Sin embargo, se difundió con amplitud por transmisión oral y manuscrita, ya que tuvo un gran éxito entre sus contemporáneos.

«¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla!  
porque ¿a quién no sorprende y maravilla  
esta máquina insigne, esta braveza?

¡Por Jesucristo vivo!, cada pieza  
vale más de un millón, y que es mancilla  
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,  
Roma triunfante en ánimo y riqueza.

Apostaré que la ánima del muerto,  
por gozar este sitio, hoy ha dejado  
el cielo, de que goza eternamente».

Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto  
cuanto dice voacé, señor soldado,  
y quien dijere lo contrario, miente».

Y luego, encontinente,  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

---

**Túmulo:** sepulcro levantado de la tierra. Armazón de madera, vestida de paños fúnebres que se erige para la celebración de las honras de un difunto.

**Mancilla:** mancha, deshonra, desdoro.

**Chapeo:** sombrero (prenda para cubrir la cabeza)

**Soslayo:** de largo, de pasada o por cima, para esquivar una dificultad.

**NOTA:** *En el Siglo XVII Sevilla era una ciudad de gran prosperidad económica gracias al comercio con América. En 1526 Carlos V contrajo matrimonio con la Infanta Isabel de Portugal Infanta Isabel de Portugal en el Real Alcázar de Sevilla y al año siguiente nació su hijo, el que sería Rey de España desde 1556 con el nombre de Felipe II.*

*El 13 de septiembre de 1598 fallece en El Escorial Felipe II y se ordena publicar su muerte con trompetas y tambores en todas las ciudades y organizar en estas actos funerarios solemnes. El montaje del túmulo duró 50 días, tras lo cual se procedió a inaugurarlo. El monumento, con el nombre de túmulo, que se vino a edificar en Sevilla contó con la participación de reconocidos artistas y se componía de varios cuerpos, columnatas y esculturas. También se contó con pintores para que rellenaran los nichos y recuadros con santos y pinturas alegóricas, entre las que destacan La Libertad, La Moderación, La Paz, La Verdad, La Caridad, La Clemencia, La Justicia, La Mangaminidad y La Humanidad. El monumento se prestó a la atención de varios escritorios del Siglo de Oro Español, e incluso se escribió un libro entero sobre él en 1611 por el escritor Francisco Jerónimo Collado, pero es mejor conocido por el soneto con estrambote de Miguel de Cervantes.*

**Estrambote:** Conjunto de versos que por gracejo o bizarría suele añadirse al fin de una combinación métrica, especialmente del soneto.

## “EL CELOSO EXTREMEÑO”

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613.

No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones, muertos ya sus padres y gastado su patrimonio, vino a parar a la gran ciudad de Sevilla, donde halló la ocasión para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, salvoconducto de los homicidas, cubierta de los jugadores a quien llaman peritos en el arte, trampa de mujeres libres, engaño de muchos y remedio de pocos.

En fin, llegado el tiempo en que una flota se partía para Tierra Firme, acomodándose con el comandante, se embarcó en Cádiz y echando la bendición a España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento que blando y próspero soplaba (...)

Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinación había pasado y el mal gobierno que de su vida había tenido (...)

La flota estaba en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este era el nombre del que ha dado materia a nuestra novela. Tornó a soplar el viento y no dejó a nadie en sus asientos, y así fue forzoso que Carrizales dejara sus imaginaciones y se preocupara de solo los cuidados que el viaje ofrecía. Y por concluir con todo lo que no hace a nuestro propósito, digo que la edad de Felipe cuando pasó a las Indias sería de cuarenta y ocho años, y veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó a tener más de ciento cincuenta mil pesos contantes y sonantes.

Viéndose, pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver a su patria, dejó Perú, donde había granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y se volvió a España. Desembarcó en Sanlúcar; llegó a Sevilla, lleno de años y de riquezas; sacó sus partidas, buscó amigos: los halló todos muertos (...). Y si cuando iba a las Indias, pobre y menesteroso, le iban combatiendo muchos pensamientos, sin



dejarle sosegar un punto, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatían, aunque por diferentes causas: que si entonces no dormía por pobre, ahora no podía sosegar por rico, que tan pesada carga es la riqueza al que no está acostumbrado a tenerla, ni sabe usarla, como lo es la pobreza al que de continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro y cuidados la falta de él; pero algunos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y otros desean aumentarla mientras más alcanzan (...)

Habíase muerto en él las ganas de volver al inquieto trato de las mercancías y le parecía que le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra y dar en ella su hacienda a tributo, pasando su vejez en quietud y sosiego, y dando a Dios lo que podía (...)

Y estando en esto quiso la suerte que pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese en una ventana a una doncella, al parecer de trece o catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa que el buen Carrizales rindió la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella. Y luego sin más detenerse, comenzó a hacer un gran montón de discursos, y hablando consigo mismo decía: “Esta muchacha es hermosa y no debe ser rica; ella es niña: sus pocos años pueden asegurarme mis sospechas. Me casaré con ella; la encerraré y la haré a mis mañas, y con eso no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare. No soy tan viejo como para perder la esperanza de tener hijos que me hereden. De que tenga dote o no, no hay que hacer caso, pues el cielo me dio para todos, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto: que el gusto alarga la vida y los disgustos la acortan”

Y hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos días habló con los padres de Leonora, y supo que, aunque pobres, eran nobles; y dándoles cuenta de su intención, de su persona y hacienda, les rogó le diesen por mujer a su hija. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que dijeron y, finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales.

Apenas dio el sí de esposo el viejo Carrizales, cuando le embistió un tropel de rabiosos celos. La primera muestra que dio de su condición celosa fue no querer que sastrero alguno le tomase medida a su esposa para los muchos vestidos que pensaba hacerle, y así anduvo mirando cuál otra mujer tendría el talle y el cuerpo de Leonora, y halló a una pobre, a cuya medida hizo hacer la ropa (...)

La segunda señal que dio Felipe fue no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad de Sevilla, que tenía agua corriente y jardín con muchos naranjos; cerró todas las ventanas que miraban a la calle y diole vistas al cielo.

---

**Industria:** Maña y destreza o artificio para hacer algo.

**Menesteroso:** Falto, necesitado, que carece de una cosa o de muchas.

**Mañas:** Manera o modo de hacer algo.

**Soliloquio:** Reflexión interior o en voz alta y a solas.

**Tropel:** Conjunto de cosas mal ordenadas o colocadas sin concierto.

*CUENTO DEL BARBERO:  
SEGUNDA PARTE DE “EL INGENIOSO CABALLERO DON  
QUIJOTE DE LA MANCHA”*

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613.

A esta sazón dijo el barbero:

—Suplico a vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó de esta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido, pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del rector de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el rector le dijo que aquel hombre aún se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellán fue forzado a creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el rector le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al rector, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan discreto,

que el capellán se determinó a llevarsele consigo a que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellán pidió al rector mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado. Volvió a decir el rector que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del rector para que dejase de llevarle. Obedeció el rector viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado a una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en Él, que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volverá a él, si en Él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire. Esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte».

Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho». «Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo—replicó el loco—; sosegad el pie y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta». «Yo sé que estoy bueno —replicó el licenciado—, y no habrá para qué tornar a andar estaciones». «¿Vos bueno? —dijo el loco—. Agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.» A las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos, pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuestra merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester». A lo que respondió el capellán: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojor al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuestra merced». Rióse el rector y los presentes, por cuya risa se avergonzó el capellán; desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

---

**Sazón:** Ocasión, tiempo oportuno o coyuntura.

**Mercedes:** Tratamiento o título de cortesía que se usaba con aquellos que no tenían título o grado por donde se les debieran otros tratamientos superiores.

**Cánones:** normas de derecho de la Iglesia

**Billetes:** carta, breve por lo común.

**Ojeriza:** Enojo y mala voluntad contra alguien.

**Dolo:** Voluntad deliberada de cometer un delito a sabiendas de su ilicitud.

**Circunstante:** 1. Que está alrededor. 2. Dicho de una persona que está presente, asiste o concurre.

**NOTA:** *En 1475 había en la Península Ibérica, ocho universidades con grados reconocidos: a las ya mencionadas (Palencia, Salamanca, Valladolid, Lérida) hay que agregar Barcelona, Lisboa, Gerona, Huesca y Perpiñán. De las fundadas entre 1475 y 1625 sobresalen: Alcalá, Santiago de Compostela, Sevilla, Valencia, Zaragoza. Durante el primer cuarto del siglo xvii, cuando se publican las dos partes del Quijote, las tres universidades mayores castellanas eran Salamanca, Valladolid y Alcalá. Entre las múltiples universidades menores de aquella época, que venían a ser una especie de conventos-universidades o de colegios-universidades, estaba la de Osuna, hace mucho extinta. Algo habrá tenido Cervantes contra este pueblo de la provincia de Sevilla que tiene hoy menos de veinte mil habitantes, y no sólo contra su pequeña universidad, si se considera que, en el Quijote, en tono burlesco, se le menciona nada menos que siete veces, en dos episodios. No ya el pueblo sino la universidad de Osuna se menciona tres veces, en dos pasajes de la segunda parte. En el capítulo primero ("De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad"), el barbero narra su cuento del loco sevillano, que comienza así: "En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco". No es otra sino la universidad de Osuna la que viene a la mente de Cervantes para explicar la procedencia académica del loco del cuento. De lo dicho por el narrador se deduce que, en un extremo, el de la fama, estaba Salamanca; en el otro, objeto de sátira, estaba la universidad de Osuna.*

*Glosa del capítulo 18 “DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN EL CASTILLO O CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, CON OTRAS COSAS EXTRAVAGANTES”. SEGUNDA PARTE DE EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.*

Publicación original: Madrid, por Juan de la Cuesta, 1613.

—Verdaderamente, señor don Quijote —dijo don Lorenzo—, que deseo coger a vuesa merced en un mal latín continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo —respondió don Quijote— lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

—Yo me daré a entender —respondió don Lorenzo—; y por ahora esté vuesa merced atento a los versos glosados y a la glosa, que dicen desta manera:

¡Si mi *fue* tornase a es,  
Sin espera más *será*,  
O viniese el tiempo ya  
De lo que será después...!

GLOSA

Al fin, como todo pasa,  
Se pasó, el bien que me dio  
Fortuna, un tiempo no escasa,  
Y nunca me lo volvió,  
Ni abundante, ni por tasa.  
Siglos ha ya que me vees,  
Fortuna, puesto a tus pies;  
Vuélveme a ser venturoso:  
Que será mi ser dichoso  
*Si mi fue tornase a es.*

No quiero otro gusto o gloria,  
Otra palma o vencimiento,  
Otro triunfo, otra victoria,  
Sino volver al contento  
Que es pesar en mi memoria.  
Si tu me vuelves allá.  
Fortuna, templado está  
Todo el rigor de mi fuego,  
Y más si este bien es luego,  
*Sin esperar más será.*

Cosas imposibles pido,  
Pues volver el tiempo a ser  
Después que una vez ha sido,  
No hay en la tierra poder  
Que a tanto se haya extendido.  
Corre el tiempo, vuela y va  
Ligero, y no volverá  
Y erraría el que pidiese,  
O que el tiempo ya se fuese,  
*O viniese el tiempo ya.*

Vivir en perpleja vida,  
Ya esperando, ya temiendo,  
Es muerte muy conocida,  
Y es mucho mejor muriendo  
Buscar al dolor salida.  
A mí me fuera interés  
Acabar; mas no lo es,  
Pues, con discurso mejor,  
Me da la vida el temor  
*De lo que será después.*

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pie don Quijote, y en voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo:

—¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por la que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca!

---

**Glosa:** Explicación que se pone al margen como aclaración de un texto escrito o paráfrasis de una expresión o texto complejo.

## *CINCUENTA REFRANES DE “EL QUIJOTE”*

1. A buen salvo está el que repica
2. Al enemigo que huye hacédle el puente de plata
3. Al hijo de tu vecino límpiale las narices y métele en tu casa
4. A idos de mi casa y que queréis con mi mujer no hay que responder
5. A quien cuece y amasa no le hurtes la hogaza
6. Al buen pagador no le duelen prendas
7. Aunque las calzo, no las ensuelo
8. Bien predica quien bien vive
9. Buen corazón quebranta mala ventura
10. Ciego es el que no ve por tela de cedazo
11. Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen
12. Cuando viene el bien, mételo en tu casa
13. Cuidados ajenos matan al asno
14. Debajo de mala capa suele haber buen bebedor
15. De la abundancia del corazón habla la lengua
16. Desnudo nací, desnudo me hallo. Ni pierdo ni gano
17. El abad, de lo que canta yanta
18. El dar y el tener seso ha menester
19. El hacer bien a villanos es echar agua en la mar
20. El que larga vida vive mucho mal ha de pasar
21. En casa llena, presto se guisa la cena
22. Entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares
23. Haceos de miel y comeos han las moscas

24. Júntate a los buenos y serás uno de ellos
25. La culpa del asno no se ha de echar a la albarda
26. La diligencia es la madre de la buena ventura
27. Las necedades del rico por sentencia pasan en el mundo
28. Lo que cuesta poco se estima en menos
29. Más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena
30. Más vale buena esperanza que ruín posesión
31. Más vale un toma que dos te daré
32. Mientras se gana algo no se pierde nada
33. Muchos pocos hacen un mucho
34. Nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana
35. No con quien naces sino con quien paces
36. No es de estima lo que poco cuesta
37. No quiero perro con cencerro
38. Pon lo tuyo en concejo y unos dirán que es blanco y otros que es negro
39. Por su mal le nacieron alas a la hormiga
40. Quien busca el peligro, perece en él
41. Quien canta sus males espanta
42. Quien tenga hogazas, no busque tortas
43. Si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas
44. Si bien canta el abad, no le va a la zaga en monaguillo
45. Si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro
46. Si os duele la cabeza, untaos las rodillas
47. Tan presto se va el cordero como el carnero
48. Tanto vales cuanto tienes
49. Una golondrina sola no hace verano
50. Un asno cargado de oro sube ligero por una montaña





# FERIA LIBRO

2016

28 de Abril al 8 de Mayo



Dedicada al libro infantil y juvenil